

EL RESURGIMIENTO DE LA HISTORIA POLITICA:
PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS.

TULLIO HALPERIN DONGHI

Publicado en Bragoni, Beatriz: *Microanálisis*, Buenos Aires, Prometeo, 2004.

En la Argentina de 1951 hubiese sido difícil imaginar que cinco décadas más tarde el resurgimiento de la historia política pudiese ser asunto para una ocasión como ésta; hasta tal punto la temática política, en torno a la cual se había estructurado nuestra disciplina a lo largo de su trayectoria más de dos veces milenaria parecía ya incapaz de ofrecer el terreno para sus futuros avances.

Cómo se ha llegado de allí hasta aquí es lo que quisiera examinar en esta oportunidad, a sabiendas de que ello requiere tomar en cuenta que la mutación que quisiéramos entender sólo puede hacerse inteligible cuando se la proyecta sobre un trasfondo complejo hasta el abigarramiento. Anotemos en primer lugar que no puede desgajársela de las transformaciones experimentadas por la disciplina a escala mundial, que a su vez sólo se hacen comprensibles cuando se las vincula con las que la historia en curso introduce en el mundo en que viven los historiadores, pero también con las del contexto profesional y organizativo en que éstos llevan adelante sus tareas, y todavía con las del horizonte historiográfico vigente cuando la promoción de historiadores que se prepara a protagonizar esas transformaciones entra en escena, ya que éste ofrece el término de referencia -positivo o más frecuentemente negativo- en relación con el cual van a definir el propio.

Hasta muy avanzado el medio siglo que aquí nos interesa, los historiadores argentinos eran testigos distantes de las transformaciones en curso en los grandes centros mundiales de la disciplina, cuyo curso seguían desde un país cada vez más encerrado en un hermético laberinto que sólo dejaría atrás al precio de un descenso al infierno. No ha de sorprender entonces que el influjo de las sugerencias llegadas de esos grandes centros apareciese sesgado por el más inmediato y poderoso de las esperanzas, pero también (y cada vez más) de las angustias suscitadas por ese atormentado contorno inmediato. Aun menos ha de sorprender, por cierto, que tanto el contexto profesional como la relación con el legado de experiencias historiográficas previas presentaran durante esa larga etapa rasgos que tenían muy poco en común con los vigentes en los centros en los que nuestros historiadores solían y suelen buscar sus términos de referencia.

Fue precisamente durante ese final descenso a los infiernos cuando esa distancia vino a borrarse; por una parte el desenlace de la larga crisis argentina, al desmentir del modo más cruel las esperanzas y hacer realidad a las más sombrías previsiones inspiradas por aquellas angustias, vino a resolver, así fuese del modo más funesto, los dilemas que en la etapa anterior habían obsesionado a los historiadores argentinos; por otra en el extraño país del que con horror se descubrían habitantes su condición de historiadores adquiría un lugar más central que hasta la víspera tanto en su autodefinición cuanto en sus proyectos de futuro. Bajo el estímulo de esa perplejidad y ese desamparo los historiadores argentinos volvían a hacer suya una consigna que tres cuartos de siglo antes la Nueva Escuela Histórica había ya proclamado con ánimo más ufano, deduciendo del hecho innegable de que la historiografía argentina formaba parte de la universal un corolario que les interesaba aun más vitalmente que a sus predecesores: a saber, que ellos eran parte de una cofradía también ella universal, y podían por lo tanto mirar más allá de una circunstancia argentina que se habían descubierto incapaces de modificar y que encontraban cada vez más insoportable. Bajo ese signo tan poco propicio volvieron así a establecer una relación menos mediada con una problemática que, presente en el núcleo mismo de la disciplina desde su origen, estaba atrayendo en ese momento una atención particularmente viva entre quienes la cultivaban.

* * *

Como es sabido, la centralidad de la temática y la problemática política, casi tan antigua como el nacimiento de la historia como disciplina, había surgido originariamente en el marco de sociedades fuertemente desiguales donde había sido la adscripción a un linaje o un estamento privilegiado, adquirida en ambos casos con el nacimiento, la que abría el acceso a la clase gobernante. En ese contexto la noción de historia magistra vitae había tenido un significado muy preciso: de ella se esperaba que proveyera los ejemplos que permitirían a los destinados a gobernar aprender a hacerlo por un camino menos riesgoso que el de ensayo y error.

La maduración de una sociedad más compleja no pudo sino corroer la hegemonía de una historia política así concebida, que en el siglo XVIII encontró una rival temible en la historia de la civilización, en que el papel protagónico recaía en la entera sociedad, reconocida ahora como fuente de innovaciones materiales y culturales que excedían con mucho el terreno de la política. Pero cuando los efectos revolucionarios de esa vasta transformación alcanzaron la esfera política la consecuencia fue la plasmación de una nueva visión histórica: tocó a François Guizot trazar para Francia y para Europa la línea narrativa para una renovada historia de la civilización organizada en torno a la de la política, que tenía por argumento central el progreso de la conciencia moral en el individuo y el de las instituciones libres en la sociedad. Puesto que la centralidad que Guizot reivindicaba para la historia política se apoyaba en una visión del proceso histórico que lo concebía como progreso, y a éste como avance hacia objetivos exquisitamente políticos, ella no hubiera podido sobrevivir a cualquier pérdida de fe en la validez de ambos supuestos. Apenas se los dejaba de lado, la relación

entre historia política e historia de la civilización sólo sobrevivía al precio de transformarse totalmente: aunque los objetivos de cuya conquista dependía el éxito o el fracaso histórico de una sociedad ya no se ubicaban necesariamente en el terreno de la política, éste podía aun reclamar legítimamente la atención privilegiada del historiador en cuanto en él se hacían patentes conflictos y tensiones presentes también de modo más secreto en espacios mucho más amplios de experiencia colectiva, lo que les confería un valor sintomático incomparablemente mayor que la de cualquier otra dimensión de esa experiencia.

La centralidad así salvada para la historia política tenía sin embargo un precio que podía parecer exorbitante: concebida como historia de síntomas de lo que ocurría en buena medida fuera de ella, cuando se la de consideraba en sí misma amenazaba transformarse en el terreno de lo insignificante, en el sentido etimológico del término. Aunque la condena que desde los Annales se fulminaba contra una historia política presentada como una misma cosa con la histoire événementielle era vulnerable a la objeción que alega que no todos los acontecimientos son acontecimientos políticos, ello no la hacía menos legítima en cuanto respuesta a un modo de practicar la historia política que se apoyaba en la noción de que el significado de los hechos que ella recogía había que buscarlo fuera de su territorio, o quizá no se encontraba en ninguna parte. Y en 1952 Fernand Braudel parecía inclinarse por esta última alternativa, cuando en su Méditerranée reducía a los acontecimientos que febrilmente se acumulaban en ese tiempo corto que era por excelencia el de la política al equivalente de la vaga espuma que se mueve al azar en la cima de las poderosas olas de fondo de los tiempos largos.

Quienes compartían esa visión de la política y su historia no ignoraban que los hechos que se agolpan en su territorio no por ser síntomas de transformaciones que se dan en un ámbito más amplio dejan de tener consecuencias. Esta conclusión de sentido común no era sin duda nueva, pero en el marco de la convulsionada historia política del siglo XX ella iba a gravitar con peso creciente en la mente de los historiadores. Así, mientras Mitre, en su Historia de San Martín, se había preguntado en que podía consistir la contribución de quien tomaba a su cargo dirigir un proceso político concebido como resultante de otro que se desenvolvía en una esfera más amplia, y dado para esa pregunta quizá la única respuesta compatible con esa noción de lo político (el éxito del proyecto de San Martín premiaba la instintiva lucidez con que éste había sabido advertir que su papel debía ser el modesto pero indispensable del administrador de un proceso que sólo quien se dejase tentar por la ambición y la soberbia que Mitre achacaba a Bolívar podría creerse llamado a dirigir), sólo medio siglo más tarde esa concepción que retaceaba severamente la autonomía de lo político iba a parecer pronto inadecuada para dar cuenta de la historia en curso.

En la medida en que ambicionaba basar estrictamente en doctrina su práctica política, el marxismo -que había comenzado por soslayar el problema a través de fórmulas de una sabia ambigüedad, como la que hacía de la economía el factor "determinante en último término", o la que más tarde iba a asignar al estado una "autonomía relativa"- iba ya a plantearlo explícitamente al abrirse el nuevo siglo, en su dimensión teórica a través de la

contribución sin duda herética pero influyente de Sorel, y tanto en ella como en su práctica organizativa a través de la de Lenin, que -herética en su origen- se iba a constituir en núcleo de una nueva ortodoxia.

Durante la primera mitad del siglo XX, y en el campo de la historiografía, el debilitamiento de la fe antes depositada en esa concepción de la política y su historia iba a reflejarse menos en la propuesta de alternativas explícitas a ella que en una pérdida de interés en la dimensión teórica del tema, y en cuanto a la práctica historiográfica en el relegamiento de la historia política a un lugar menos central que en el pasado. Ese relegamiento iba a acentuarse cuando la reconstrucción económica inesperadamente rápida que abrió la segunda postguerra reveló ser sólo el prólogo para una expansión de vigor e intensidad sin precedentes, que adquiriría aun mayor relieve por el contraste que ofrecía con la etapa de cataclismos de intensidad también sin precedentes que se había cerrado en 1945.

Ahora ese mismo relegamiento parecía aun mejor justificado porque la desaforada bonanza económica podía seguir avanzando en medio de antagonismos políticos no menos intensos que los que tanto habían contribuido a las pasadas calamidades, que si no llegaban a desencadenar un nuevo conflicto generalizado era tan sólo porque la probabilidad de que impusiera un fin apocalíptico la entera experiencia histórica de la humanidad disuadía a los rivales de dar ese último paso. Hacia 1960 una nueva visión de la dimensión política del proceso que se estaba viviendo buscó corregir esa incongruencia, sugiriendo que el conflicto que se había hecho imposible zanjar en el terreno bélico se estaba librando ya en el de la economía: lo que ambos rivales habían estado viviendo sin advertirlo del todo era una etapa de concurrencia pacífica entre dos sistemas de organización social que se proponían ambos asegurar un crecimiento económico autosostenido en el marco de un estado de bienestar; se entiende que un contexto así redefinido fuese poco propicio para el resurgimiento de una visión del proceso histórico que colocase en su centro a la esfera política.

Como sabemos todos muy bien, lo que era en 1960 el futuro y es hoy nuestro pasado reciente iba a seguir un curso que en aquella fecha hubiera sido tenido por imposible: uno de los sistemas en conflicto se desvaneció en el aire, mientras en el momento de celebrar su victoria su rival se había ya transformado en algo muy distinto de lo que había sido cuando definió los términos del combate; en esas cuatro décadas el ingreso de la economía en una era postindustrial avanzó en paralelo con la erosión del estado de bienestar, mientras la radical pérdida de legitimidad de todas las soluciones políticas rivales dejaba a la democracia representativa dueña del campo, sin agregarle por ello vitalidad o vigor.

Esa historia que se ha venido desarrollando ante nuestros ojos revela con particular claridad que su dimensión política no podría ofrecernos la clave, así fuese ella de última instancia, de las transformaciones globales producidas a lo largo de ella, pero tampoco invita a ver en esa dimensión del proceso un mero epifenómeno que sólo presentaría interés para el historiador en la medida en que le permitiera percibir más nítidamente, a través de su impacto político, las transformaciones que realmente cuentan, que serían las que se dan en la esfera

económico-social.

No ha de sorprender que la historiografía producida sobre el trasfondo de esa desconcertante historia que nos toca vivir haya merecido la caracterización de historia desmigajada (histoire en miettes) con que ha buscado descalificarla François Dosse, en cuanto se apoya en una implícita renuncia a alcanzar una imagen global de la experiencia colectiva de la humanidad, que requeriría apoyarse a su vez en una visión también global del nexo entre cada una de las dimensiones de esa experiencia y las restantes.

Pero al señalar todo esto se subraya tan sólo la dimensión negativa de las transformaciones que estaba atravesando la visión histórica en curso en los grandes centros de la disciplina cuando los historiadores argentinos, sacando las conclusiones impuestas por sus recientes y durísimos desencuentros, se decidieron a acortar distancias con ellos. Porque ocurre que, aunque innegablemente esa dimensión negativa se presenta con perfiles mucho más nítidos que las muy variadas propuestas de nuevos rumbos para la disciplina, es posible reconocer -por debajo de la extrema variedad de estos últimos- algunos rasgos comunes, que es preciso tomar también en cuenta.

Esos rasgos reflejan de modos muy diversos un cambio radical en la actitud del historiador frente a su objeto, al que ha comenzado por concebir -así sea implícitamente- como una realidad externa a la que sólo podría ganar acceso indirecto, a través de huellas que son -ellas sí- objeto de su experiencia directa. Releyendo a seis u ocho décadas de distancia a ese historiador sin embargo profundamente innovador que fue Marc Bloch puede medirse con particular claridad todo lo que en esa actitud ha cambiado de entonces a ahora. En un capítulo central de su Métier d'historien, reveladoramente titulado "En busca de la mentira y el error", Bloch partía de una premisa que no creía siquiera necesario discutir, a saber, que -una vez que ha aprendido a detectar las trampas deliberadas o involuntarias que podrían transformar en otros tantos obstáculos a los vehículos que se propone usar para acceder a su objeto- el historiador que ha dominado los secretos de su oficio puede alcanzar de ese objeto un conocimiento del mismo orden que el que su experiencia directa le proporciona de los que integran su horizonte cotidiano.

La misma premisa estaba ya implícitamente presente desde 1928 en el prólogo a Les rois thaumaturges, un gran libro al que no pocos exploradores de nuevas perspectivas historiográficas reconocen como el de un precursor. Como es sabido, en él Bloch estudia la historia casi milenaria del "toque regio", que asignaba a los soberanos ungidos con un rito heredado del antiguo Israel la virtud de curar las escrófulas, pero antes de internarse en esa exploración que le fascina cree necesario comunicar al lector un dato que juzga esencial: a saber, que no ha encontrado a lo largo de toda ella ni un solo testimonio fehaciente de que el toque regio haya curado jamás a una sola víctima de ese mal.

Hoy se necesitaría un gran valor, o una gran ignorancia acerca de lo que se espera de un historiador que se respete, para decir una cosa parecida, a la que sin duda se objetaría de

inmediato, o bien que una afirmación como ésta refleja la seguridad de que nociones como "escrófula" o "curación" están dotadas de una firmeza y fijeza de sentido que están lejos de poseer, o bien que a sabiendas de que no la poseen les asigna el sentido hoy vigente, con lo que las convierte en instrumentos totalmente inadecuados para captar la experiencia del toque regio, tal como había sido concretamente vivida por quienes participaron en ella.

La objeción va más allá de alertar sobre los riesgos del anacronismo (que por otra parte Bloch sabía esquivar admirablemente), en cuanto postula que si aspira a entender criterios ajenos el historiador debe comenzar por renunciar a los propios, y no sería imposible alegar ejemplos de historiadores a los que desespera la imposibilidad de consumar ese sacrificio. Si se lo menciona aquí es sólo porque esta ambición a la vez exorbitante y suicida, condenada quizá por fortuna a permanecer insatisfecha, lleva hasta sus más extremas consecuencias la desconfianza que domina hoy a los historiadores frente a cualquier pretensión de validez del conocimiento histórico asequible a un sujeto que no puede evitar estar también él sumergido en el flujo de la historia. Y apenas se advierte que quienes hoy objetarían la observación que Bloch antepuso a su vasto estudio de 1928 estarían en el fondo objetando que ella postulaba para las que no eran sino "escrófulas para Bloch" el carácter de escrófulas en sí, se hace fácil entender que la actitud que alcanzaba aquí su punta extrema debía necesariamente inspirar un modo de hacer historia política muy distinto del que había definido el terreno de la política como aquél en que el "en sí" se hace "para sí".

Ya antes de ser proclamada explícitamente, esa actitud nueva podía rastrearse, por ejemplo en la distancia entre el camino tomado por Friedrich Engels para explorar el origen de la clase obrera en Inglaterra y el que iba a seguir E.P. Thompson, en que la descripción de los tugurios y las usinas improvisados en Manchester dejaría paso a la crónica de las sociedades de correspondencia. El testimonio de una práctica historiográfica cuyos cambios habían venido anticipando los de la teoría sugiere hasta qué punto sería excesivo reducir ese cambio de actitud a una consecuencia de los cambios que estaba atravesando el contexto social en medio del cual vino finalmente a consumarse, pero es innegable que éstos acrecentaron enormemente el impacto que iba a alcanzar sobre el concreto trabajo de los historiadores.

Las tormentas de 1968 permitieron comenzar a columbrar qué estaban aportando esos cambios: desencadenadas en tres continentes bajo los signos más variados, tuvieron sin embargo un rasgo común, que aunque negativo no podía ser más revelador: en todas ellas, tal como iba a denunciar amargamente el jefe de la organización sindical comunista de Francia, la clase obrera podía aspirar a lo sumo al papel de fuerza auxiliar: en la etapa histórica que se iniciaba corría riesgo de ser relegado a los márgenes junto con ella el que había sido tema central de la historiografía política resurgida bajo el signo de la doble revolución de que habló Eric Hobsbawm: ese tema es desde luego la lucha de clases, propuesta por Guizot como clave para la primera de esas revoluciones, y por Marx para la segunda.

Ello contribuyó a que la inclinación a ver de manera cada vez más problemática el

nexo entre el "para sí" y el "en sí" se acompañara de una concentración creciente en aquél, visto cada vez más como el terreno en que se constituyen las identidades colectivas que aspiran a ocupar el centro de la escena histórica. En los conflictos de 1968, desde Beijing hasta París o Berkeley, la principal línea divisoria separaba a dos grupos de edades: "no confiar en nadie con más de treinta años" fue una consigna muy popular en el último de esos centros. Esa frontera, que requería ser constantemente reajustada como consecuencia del mero paso del tiempo, se esfumó apenas quienes formularon esa consigna comenzaron a incorporarse al grupo de los indignos de confianza, mientras pasaba a primer plano otra destinada a ser más duradera: es la que hoy se refleja en el muy frecuente reproche retrospectivo contra el sexismo de los protagonistas de 1968. Pronto la clase iba a encontrar un rival más cercano bajo la guisa de otras identidades colectivas de carácter étnico-regional, que se proclaman forjadas por una experiencia histórica estilizada (y en el límite inventada) por una memoria grupal que la invoca como aval legitimador para la colectividad que se reconoce en ella. Sin duda, mientras en Europa el renacer de esas identidades colectivas acompaña el debilitamiento del estado nacional ante el avance del federalismo continental, en los Estados Unidos se presenta como una etapa necesaria del avance hacia un estado nacional capaz por fin de integrar a todos los grupos étnicos que conviven en él, a través de cuyas confrontaciones se espera que hayan de perfilarse progresivamente los términos del consenso sobre el cual podrá por fin fundarse un estado que la entera sociedad norteamericana podrá reconocer como propio. Pero ello no impide que en ambas orillas del Atlántico Norte la centralidad conquistada por esos grupos esté dejando una huella muy honda en la producción historiográfica de los grandes centros de nuestra disciplina.

* * *

Basta evocar brevemente evocar el contexto en que el renacer de la historia política se está dando en esos grandes centros que ofrecen cada vez más el término de referencia para nuestros historiadores para comprobar qué poco tiene éste en común con el que subtiende el que hoy se vive en la Argentina, y hasta qué punto esa discrepancia se acompaña de la que se da en cuanto a la agenda de los historiadores que vuelven a internarse en el territorio largamente abandonado de la historia política. Esa discrepancia es tanto más notable por cuanto los historiadores que se atienen firmemente a objetivos distintos de los que hoy orientan a sus colegas del Norte están plenamente al corriente de las perspectivas exploradas por éstos, y son capaces de ponerlas diestramente al servicio de sus propias exploraciones.

Quisiera ofrecer aquí sólo dos ejemplos que reflejan muy bien esa actitud. Uno es Los hijos de la Revolución, el admirable estudio de Beatriz Bragoni sobre una gran familia mendocina, que hace entera justicia al papel que tocó desempeñar a sus mujeres durante las etapas críticas tan frecuentes en las décadas centrales del siglo XIX, gracias en parte a una muy inteligente utilización de perspectivas abiertas por la llamada historia de género, pero se resiste firmemente a redefinir su temática en los términos preferidos por ese género de historia, aunque las invitaciones a hacerlo se multiplican en su camino (basta pensar que el libro debe su título a una dama mendocina que se define a sí misma como "hija de la

Revolución" para comenzar a imaginar todo lo que un cultivador de la historia de género podría hacer con la de la familia González). El otro ejemplo que quisiera ofrecer aquí es el más reciente que nos ofrece Ariel de la Fuente en Children of Facundo; aquí de nuevo las tensiones derivadas de la difícil convivencia entre gentes de distintas identidades étnicas son analizadas con extrema penetración y finura, como parte del contexto en que se dan las guerras civiles de La Rioja, pero tampoco De la Fuente les permite ser más que una parte de ese contexto.

Esa firme decisión de seguir su propio rumbo invitaría a concluir que la historia política que renace en la Argentina está siguiendo en efecto un rumbo bien definido, pero -como es sabido- sobre este punto está lejos de reinar el acuerdo; por lo contrario, desde hace ya años asistimos a un debate no siempre larvado entre quienes deploran que la vigorosa expansión hoy en curso en nuestra disciplina no se apoye en una más precisa agenda de temas y problemas y quienes niegan que ello suponga una carencia seria. Creo que en el campo de la historia política esa expansión ha avanzado ya lo suficiente para que sea posible examinar si ese avance está o no guiado por una agenda, así permanezca ella implícita, y creo también que el espacio ya recorrido en el curso de ese avance permite concluir que esa agenda está en efecto presente.

Cuando se examina lo realizado en ese campo en las últimas décadas, se advierte el lugar central que en él han conquistado tres núcleos temáticos, a saber, la transición del Antiguo Régimen a la república, la peculiar experiencia política vivida en la ciudad de Buenos Aires desde Caseros hasta 1880, y la lenta consolidación y articulación, durante esa misma etapa, de centros de poder locales y regionales que a partir de 1880 se constituirán en base de apoyo para un régimen que se ha de revelar más frágil de lo que hubiera podido anticiparse en ese momento inaugural; sin duda el trabajo de los historiadores no se ha limitado a esas tres áreas, y hay signos de que han comenzado a constituirse otros núcleos que son a la vez jalones en el camino hacia ese gran tema que es la fracasada experiencia democrática abierta por la Ley Sáenz Peña.

La presencia de abundantes contribuciones de estudiosos argentinos en los volúmenes que recogen trabajos presentados en simposios que examinan la transición abierta en 1810 sugiere que al abordar la primera de esas áreas temáticas esos estudiosos reconocieron en ella el capítulo argentino de un proceso que abarcaba el entero subcontinente, y que como es sabido está siendo examinado desde perspectivas que deben mucho a las propuestas de François-Xavier Guerra. Ahora bien, aunque éstas han venido modificándose en algunos aspectos nada secundarios, desde que comenzó a articularlas en la estela de la corriente que en España reivindicaba retrospectivamente la que había dado en llamar "antigua constitución del Reino", pasando por una etapa en que las reformuló en los términos empleados por François Furet para pensar la Revolución Francesa, hasta llegar a la actual en que recurre a las teorías de la modernización en boga hace cuarenta años, a través de todas esas variaciones Guerra se ha mantenido tenazmente apegado a la visión de esa etapa como de avance lineal desde un punto de origen dominado por una concepción

corporativa de la representación a uno de llegada en que ésta ha sido sustituida sin residuos por una estrictamente individualista, y ocurre que en sus contribuciones más significativas a la exploración de esa etapa, los estudiosos argentinos están lejos de colocar ese avance en el centro de su visión de ella.

En este punto interesa menos registrar ese apartamiento de una línea de análisis merecidamente influyente que examinar las que le han sido preferidas en dos contribuciones particularmente significativas: las de J.C. Chiaramonte y Marcela Ternavasio. Chiaramonte, es sabido, comenzó por abordar esta temática en el espíritu de la tradición marxista de análisis del "problema nacional": por más de una década iba a buscar la clave del accidentado camino argentino hacia el estado nacional en el no menos accidentado avance hacia la constitución de un auténtico mercado nacional; sólo más recientemente, y sin renunciar por cierto a las conclusiones alcanzadas durante esa etapa, ha concentrado su atención en la dimensión política de ese proceso. Le ha interesado sobre todo en ella el viejo y siempre nuevo debate sobre la preexistencia de la nación o de las provincias, en el que ha tomado vigorosamente posición en favor de la segunda alternativa.

Como es sabido, la tentativa de escapar a ese dilema, que Alberdi razonó en su contribución al Credo de la Joven Generación Argentina de 1838, no impidió que aquél gravitara con todo su peso sobre los fundadores de nuestra historia nacional; mientras para López surgió primero una nación que nunca se repuso del todo del revés que significó la disolución en 1820 del Estado que había guiado su lucha por la independencia, para Mitre ese estado no había sido sino el jerárquico y autoritario del Antiguo Régimen, que quienes lo derribaron habían buscado poner al servicio de nuevos objetivos: fue la "revolución social" que en 1820 aniquiló a ese primer estado la que inauguró una historia nueva en cuyo curso la nación iba finalmente a darse la organización estatal que iba a satisfacer la vocación democrática presente en ella desde el comienzo mismo de su trayectoria histórica. Aunque la opción de Chiaramonte es muy clara, la firmeza con que se alinea tras de esta última alternativa interesa aquí menos que la que despliega al preferir a las propuestas hoy por Guerra las exploradas a lo largo del siglo XIX por Alberdi, López y Mitre. Ello resta significación a su coincidencia con la visión de Guerra en cuanto a la etapa revolucionaria, que ocupa lugar relativamente marginal en sus indagaciones; de hecho, como lo muestran sus trabajos más recientes, cuando busque darse razón del nexo entre Antiguo Régimen y experiencia republicana, preferirá rastrearlo a través de las vicisitudes del Derecho Natural y de Gentes.

Mientras Chiaramonte se aparta de la línea dominante en este tema de estudio en cuanto busca responder a preguntas distintas de las planteadas por ella, Ternavasio, en una importante tesis doctoral cuyos resultados ha venido anticipando parcialmente en trabajos ya publicados, muestra hasta qué punto la trayectoria política de Buenos Aires entre 1820 y 1852 se revela irreductible al esquema que postula un avance lineal entre los polos de representación corporativa y liberal-individualista, en cuanto ese esquema no deja lugar alguno posible para la experiencia rosista, cuya profunda originalidad Ternavasio reivindica a

través de un análisis extremadamente sagaz, confirmado desde el campo de la historia de las ideas por Jorge Myers, quien en Orden y virtud descubre en el republicanismo clásico un instrumento de legitimación ideológica del régimen rosista tan alejado de los invocados por el Antiguo Régimen como de los del liberalismo moderno. Lo ocurrido en este campo temático sugiere que los avances que se vienen produciendo en él, lejos de darse en orden disperso, responden a muy precisas agendas que orientan las exploraciones de los estudiosos de hoy. Es más bien la fuente de inspiración de esas agendas la que diferencia la actitud de esos estudiosos de la de quienes hace unas décadas definían la propia en el contexto de las grandes opciones ideológicas enfrentadas en esos tiempos convulsos: hoy esas agendas se definen sobre todo en relación con desarrollos internos a la disciplina; así, mientras Chiaramonte busca de nuevo respuesta a preguntas ya formuladas en el momento fundacional de nuestra historiografía, en el itinerario de Ternavasio éstas gravitan menos que la disposición a ajustar y reajustar su visión del proceso que estudia cuantas veces se revele necesario, en constante diálogo con sus fuentes.

Los avances en la exploración de la experiencia política vivida en Buenos Aires entre 1852 y 1880 reflejan la transición entre una etapa en que la agenda era articulada en medida muy considerable en respuesta al contexto actual en cuyo marco era formulada y la que hoy vivimos. Cuando esa exploración comenzó, Hilda Sabato, que tuvo en ella desde el comienzo un lugar central, participaba en la preparación del texto titulado "Dónde anida la democracia", que era a la vez la propuesta de una agenda historiográfica y un llamado a la reconstrucción - o quizá construcción- de la democracia en la Argentina, en que se esperaba ver fructificar las semillas que, aunque nunca habían logrado prosperar en un suelo en exceso ingrato, no habían tampoco sucumbido pese a que habían debido afrontar adversidades cada vez más duras.

Fue el dominio de la problemática que los autores de "Dónde anida la democracia" habían propuesto con vistas al futuro tanto como al pasado el que permitió luego a Hilda Sabato presentar en La política en las calles una reconstrucción totalmente nueva de esa etapa de la política porteña, que hace finalmente justicia a su compleja riqueza, pero en el tránsito entre aquel cuasi-manifiesto a la vez político e historiográfico y esta obra admirable el vínculo con el presente y el futuro parece haberse desvanecido.

La ruptura de ese vínculo no tiene por consecuencia que el contexto actual haya dejado de ofrecer inspiración a la indagación histórica; y ello se advierte muy bien en relación con la tercera área temática evocada más arriba: el espectáculo al que asistimos todos los días hacen más fácilmente inteligibles fenómenos tan peculiares como las ligas de gobernadores o los gobiernos de familia. Pero esto sólo confirma que el presente sigue cumpliendo la función de iluminar el pasado, que ha venido desempeñando desde los orígenes mismos de nuestra disciplina, mientras la relación entre pasado y futuro que había subtendido los proyectos historiográficos hasta hace un par de décadas no se ha restablecido en absoluto.

Porque esa relación se ha quebrado la historia política que hoy se practica en la Argentina es capaz de integrar en un relato unificado contribuciones que en su origen no habían renunciado a gravitar sobre el presente y el futuro: vemos así esbozarse una narrativa capaz de conceder un lugar tanto a la política porteña, explorada desde una problemática centrada en la relación entre estado y sociedad civil, cuanto a la de provincias para las cuales el estudio de redes familiares y clientelares se revela más pertinente.

Realizar esa posibilidad tiene desde luego un costo, que cada vez más voces comienzan a proclamar excesivo, apoyándose en la memoria de un pasado embellecido por la nostalgia, en que el campo de la historiografía había sido un rincón de un campo de batalla mucho más vasto. Y se entiende que el recuerdo de los combates entonces librados con no demasiada fortuna contra las caprichosas pero a menudo ingeniosas invenciones retrospectivas de José María Rosa o Jorge Abelardo Ramos aparezca cada vez más atractivo a una cofradía que en ausencia de contrincantes como éstos puede consagrarse sin sobresaltos a sus propios juegos, pero sufre ante la indiferencia de un público más atraído por los frutos de la empresa de erotización del pasado en la que es pionera la señora María Esther de Miguel que por los más austeros de una historiografía que hoy está viviendo su etapa más productiva.

Esas voces reflejan desde luego algo más que la desazón ante una indiferencia más irreductible de lo que sin duda se había imaginado al abrirse esa etapa: en ellas resuena también la nostalgia de un tiempo en que parecía obvio que más urgente que comprender la realidad es transformarla. Pero ese tiempo fue el de ayer y volverá a ser quizá el de mañana; no es el de hoy, y ello basta para privar a ese argumento nostálgico de buena parte de su relevancia. Y por añadidura aun quienes comparten esa nostalgia son lo suficientemente historiadores para sentir al mismo tiempo que averiguar cómo ocurrió lo que ocurrió justifica el esfuerzo que ponen en ello.